

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 107.

MADRID 25 DE ABRIL DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



DON GONZALO DE CORDOBA.

La viñeta que hoy encabezamos en nuestro número, es copia del retrato original de Gonzalo de Córdoba, que existe en casa del Escelentísimo Señor Conde de Altamira. El personaje que representa, es uno de los mas famosos de nuestra historia, uno de los que mas contribuyeron á la gloria y ventura de nuestra patria, y el primer apoyo que tuvo el célebre reinado de los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel.

Gonzalo de Córdoba, conocido por el renombre de *Gran Capitán* que mereció por sus hazañas, era de hermosa presencia, tan noble de corazón como de sangre, de agudo y despejado ingenio, liberal y espléndido en su porte, buen cristiano y entendido militar.

El sitio de Granada le grangeó su primera nombradía, y la guerra de Italia los títulos de su eterna celebridad; pero ni sus triunfos, ni su heroísmo le pudieron libertar de las asechanzas que en las cortes prepara constantemente la envidia á la virtud. Mientras vivió la reina doña Isabel, tuvo Gonzalo en ella una defensora agradecida, pero despues de su muerte, el rey suspicaz y receloso de que se alzara con el reino de Nápoles, le mandó volver á España. Ordenóse que Gonzalo, que habia podido disponer de una corona, presentase cuentas de su administración, y diólas tan disparatadas por avergonzar á sus émulo, que hasta nosotros han llegado como término de comparación *Las cuentas del Gran Capitán*.

Murió Gonzalo en diciembre de 1515 agoviado de fatigas y de disgustos por la ingratitud de su rey, quien honró en muerte al hombre á quien temió en vida: en su túmulo se colocaron 200 banderas y dos pendones reales, trofeos de sus victorias.

FISIOLOGIA DE LA PORTERA.

CAPITULO IV.

EL MARIDO DE LA PORTERA.

Si la portera es casada todo se reduce en suma á tener un mueble mas en su aposento. Allí es donde podria decirse con exactitud que el cetro se transforma en rueca: aquel pobre esposo es

un ente puramente pasivo: nadie le hace caso en la vecindad, y si le llaman portero hay que atribuirlo á que es marido de la portera y no á otra cosa.

Todo el secreto de muchas gentes que aspiran á darse importancia consiste en ser discolas, parlanchinas y mariconas; tal es tambien el secreto de la portera y merced á tan indispensable requisito ha colocado al esposo bajo su dependencia persuadiéndole de su superioridad femenina: de suerte que figura el buen hombre como sumiso servidor de su esposa de quien no habla si no con respetuosa deferencia.

El marido de la portera sabe un oficio; y no un oficio cualquiera, porque es sastreremendon ó zapatero de viejo. Con el gorro sobre la oreja y el delantal de lierzo ó de cuero, restaura pantalones que se rien por todas partes ó zapatos que tienen sus correspondientes aberturas para que traspiren los pies de su dueño. Todo su universo se reduce á una tabla sobre dos banquillos puesta en un rincon del cuarto: allí es donde vive: lo demas del aposento pertenece á su esposa, y si no fuera por que ningún tabique les separa y por que comen juntos, tan estraños son el uno para el otro como dos vecinos que viven en un mismo piso y en distintas habitaciones.

Cuenta la portera en la casa con personas de su intimidad: ninguna la tiene con el portero en primer lugar porque los hombres son menos chismosos que las mujeres, y en segundo porque mira á los criados como inferiores suyos, y vice versa. Fundándose el criado en que le asiste el derecho de hacer que tiren del cordon á todas horas del dia juzga al portero como servidor suyo, y este profesa soberbio desden á los que llaman sirvientes. No siendo dueño de su voluntad ni de dia ni de noche, se cree este buen proletario con la mejor buena fé hombre libre y ciudadano independiente, y todo por que no se sienta en el pescante de un coche, ni vá de pié á la trasera, ni sirve á la mesa de ningún amo: pues por lo demas si corre los cuatro ángulos de la ciudad ó limpia vuestros zapatos por señas de algunos maravedises lo hace por que le dá la gana; que al fin es hombre libre.

Cierto dia tuve ocasion de observar hasta que punto rayan las ideas de independencia del portero. En casi todos sus cuartecillos distinguireis una péndola de alabastro y á los lados, como acompañamiento obligado los bustos de Voltaire y de Rousseau; sobre la chimenea de mi portero solo habia el de Juan Jacobo, y como yo le manifestase mi estrañeza por la falta de su inseparable, me contestó, ¡Voltaire! no me habéis mas de un hombre que se vendió al poder.

Ocupacion tiene en la casa el marido de la portera: su esposa confia en él lo bastante para obligarle á que corra con cortar la leña que se necesita, con sacar agua del pozo y con fregar las escaleras; lo cual debe despachar por la mañana mientras la portera se avia y cuida de sus pupilos: luego debe colocarse sobre su tablero y no ocuparse mas que de su tarea. Su muger es la que enseña las habitaciones desocupadas, la que recibe la señal de los que las alquilan, el porte de las cartas y los aguinaldos. Hasta lo que el pobrete gana con su aguja ó con su tirapié, se lo atrapa su consorte quien le dá cada domingo una friolera para sus gastos.

Ocorre no obstante que el marido de la portera es devoto del dios Baco, circunstancia que se aviene mal con las disposiciones económicas de su esposa; por fortuna siempre está bien con el tabernero quien le fia lo que quiere, conviniéndose en cobrar poco á poco cuando el otro la sisa á su cosilla el precio de un recado ó de una compostura que le pagan sin que ella lo olfatee, ó de la venta de un mal sombrero ó de unos pantalones viejos que le regala un vecino. Mas como lo que tales gages producen, no equivale con mucho á las copas que bebe, el tabernero se impacienta, y amenaza al infeliz con pedir á la portera el pago de su deuda. A consecuencia de tan terrible amenaza se reduce á ser sobrio por espacio de veinte y cuatro horas; mas al dia siguiente saca la tripa de mal año, y toma una turca que no hay mas que pedir.

Llega en fin el momento en que el tabernero pone en planta su formidable proyecto. Entonces es de ver á la portera radiante y sublime: es una reina ultrajada, una leona á quien la han robado sus cachorros, una ninfa de la academia

real de música abandonada por uno de sus protectores; es, en fin, el bello ideal de la ira.

Mas no hay remedio, es preciso pagar, y cuando la portera se ha desfogado á su antojo y confundido al paciente con sus miradas y dichos, abre un armario de nogal, uno de sus principales muebles, y saca una bolsa de cuero para satisfacer la deuda, acompañando cada moneda de que se desprende con exclamaciones de este jaez: — ¡Cuba de vino!... ¡Borrachón!... Vjestorio... has de parar en una horca, y he de tener el gusto de ir á ver como haces piruetas en el aire.

Ni aun puede cumplir su voluntad el marido de la portera en lo que mas de cerca le atañe: su esposa es la que le saca camisa cuando la parece oportuno que se mude, la que le indica el pantalon que debe ponerse; y preciso es que se someta, pues no tiene la llave de ninguna cerradura. Lo único de que puede disponer á su alvedrio es la tinaja, donde echa el aguador el lf uido necesario para el consumo del dia, y eso porque es fama que el marido de la portera no cata el agua.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

En nuestro último artículo acerca de la representación de la *Norma* ofrecimos contestar á otro inserto en el *Espectador* del viernes; vamos á cumplir nuestra promesa lo mas brevemente que nos sea posible.

En dicho artículo se dijo que Aben-Zaide, articulista del *Nuevo Avisador*, censuró injustamente el que la empresa del Circo pusiese en escena la ópera *Marino Faliero*, porque habiendo terminado con ella la compañía anterior, esto era suscitar comparaciones odiosas.

El articulista sabe que Aben-Zaide no escribe en el *Nuevo Avisador*, sino en la *Revista de Teatros*, y decimos que lo sabe, porque nadie ignora que en el primero solo se insertan anuncios. Tampoco es exacto que Aben-Zaide haya censurado el que en el Circo se representase el *Marino Faliero*: censuró el que se estrenase la compañía de dicho teatro con esta ópera, pudiendo ejecutar otras, no porque haya creído que la empresa esté fuera de su derecho al hacerlo, como declaró en su artículo, sino porque la delicadeza lo exigía así. Aben-Zaide criticó bastante la representación del *Marino Faliero* por la última compañía, y Aben-Zaide no podía aprobar que la actual fundase parte de su reputación á espensas de la que hoy está disuelta. Nosotros comprendemos muy bien que en dos teatros distintos ó en uno solo un actor represente hoy un papel y que mañana rivalice con él otro actor en el papel mismo; así no nos sorprendería que la señora Basso Borio cantase la parte de *Norma* ó el señor Sinico la de *Pollione*, despues de la señora Villó y del señor Balestracci: á principios de la temporada anterior se puso en escena en el Circo la ópera *Luzerezia Borja* é inmediatamente se representó en la Cruz por otra compañía la misma ópera, sin que nosotros, que ya escribíamos entonces en la sección filarmónica de la *Revista*, tuviésemos nada que decir en contrario, porque en aquel tiempo hubo rivalidad artística, rivalidad provechosa, la rivalidad que el articulista, á quien contestamos, desea y nosotros con él.

Peró el caso es muy distinto, porque no puede haber esta rivalidad entre una compañía existente y otra disuelta; y vea aquí el articulista el motivo de haber censurado nosotros qué el *Marino Faliero* haya sido la primera función de la presente temporada, pues á fuer de buenos caballeros y aunque pasemos por malos críticos, nos hemos propuesto huir de toda comparación entre la actual y la pasada compañía: otro escritor podría establecer acaso esta comparación sin mengua alguna, pero nosotros no, por que se diría que ni aun las cenizas de los muertos dejábamos reposar.

Tampoco ha entendido el articulista nuestras líneas, en que atribuimos la gloria de la *mise en scene* del *Marino* al señor Bonetti. Si al articulista se le alcanza que Aben-Zaide juzga porque ha visto maestros sentados al

piano en la orquesta, se le alcanza muy mal. Aben-Zaide sabe como se dirige una ópera, porque la ha dirigido, y de lo que menos se ha acordado en su artículo, ha sido del piano en la orquesta. Aben-Zaide ha dicho y repite que al señor Bonetti se debe el que se haya representado el *Marino Faliero*, y que el señor Bonetti como violín primero y principal, que son dos cosas distintas, no tiene obligación de dirigir los ensayos: esto pertenece á los maestros, así como les toca arreglar una partitura cuando viene de París ó de Italia mal copiada, cosa que sucede todos los dias, enseñar las piezas de las óperas, y ensayarlas con la orquesta de la cual es el jefe nato, del mismo modo que el violín principal es su inmediato director y el que debe conducirla. ¿Y si no es así, si el violín principal ha de dirigir las óperas ¿para qué quieren los teatros líricos maestros directores? ¿Para que los cantantes aprendan de memoria las piezas? El violín director puede llenar tambien esta parte.

Por último sepa el articulista que si el señor Bonetti ha dirigido los ensayos de *Marino Faliero*, ha sido porque uno de los maestros encargados de está manifestó que no habia partitura de dicha ópera, pero sin decir, como el articulista, que al violín principal tocaba ensayar lo que los maestros han enseñado, pues ningún maestro puede espresar tan peregrina especie.

ABEN-ZAIDE.

Entre los periódicos literarios que salen hoy á luz en España merece uno de los primeros lugares el *Recreo Compostelano*, dirigido y redactado por nuestro amigo don Antonio Neira. Las mejoras que este estudioso escritor ha introducido en él son dignas de encomio, y nosotros experimentamos hoy un verdadero placer al citar su nombre en la *Revista de Teatros*, como uno de los que en esta época de pasiones y de turbulencias se dedican con afán, con fé y con gloria á la espinosa carrera de las letras. Muchas producciones del *Recreo Compostelano* pudiéramos citar como muy buenas: pero limitándonos á los últimos números no podemos menos de recomendar al público la tradición intitulada *Los ejércitos de Arthus*, el fragmento *Lágrimas de hombre*, *La batalla de Pavia* y la fantasía del número 6, por lo bien escritas que están, y por los pensamientos originales que encierran.

Sabemos que se ha leído en el teatro del Príncipe el drama intitulado *García el Calumniador* original de don Sebastian Herrero, poeta andaluz. El buen éxito que ha obtenido en algunos teatros principales de la península nos hacen esperar que en Madrid se pondrá pronto en escena.

Tambien se ha leído en la Cruz una comedia traducida en verso de un original francés escrito en prosa, quedando aprobada por los literatos distinguidos que la oyeron, y admitida por la empresa.

EL SUICIDIO.

A. A...

La vida me pesaba
Como espinosa carga; ¡horrible día!
El porvenir sus puertas me cerraba,
La tumba su descanso me ofrecía.
Cruzó con negras alas
El ángel de la muerte ante mis ojos,
Y del vivir las esplendentes galas
Se trocaron en ásperos abrojos.
Sin fé, sin ilusiones,
Muerto para el placer, desesperado,
Quise morir y renunciar los dones
Del mundo ante mis pies adormilado.
Sonora careajada
Lanzó el ángel del mal: besó mi frente
El aura de sus alas apestada,
Y el cielo me veló resplandeciente.
¡Una copa en su mano!
Así la con furor: blasfemé impío:
«Quiero morir» «el cielo es un tirano.»
«Su poder en la tumba desafío.»

En mi postrer momento
Un recuerdo de ayer brotó en su mente;
Era tuyo mi aniego pensamiento,
Ultimo de dolor, eterno, ardiente.

Te ví rosada, tierna y pacífica,
Cual casto sueño de blando amor;
La frente pálida los ojos lánguidos,
Sonrisa tímida de albo pudor.

En búcles rúbios flotando trémula
Su cabellera miré ante mí,
Tu azul pupila llena de lágrimas,
Y á su esperanza mi pecho abrí.

Leve, tranquila, graciosa angélica
Como azucena que el viento ajó,
Triste mirabas la losa fúnebre
Do 'resca sangre te estremeció.

Oh! eran entonces niña, tus lágrimas
Divino bálsamo... eran por mí,
Por mí que en duda tenaz, sacrilega,
Mi propia sangre feroz vertí.

¿Cómo á la muerte lanzarse viéndote?
Ángel purísimo! ¡flante tú!
Sobre tus hombros vagando diáfano,
Iris me fuera risueño azul.

Dejarte sola, paloma cándida,
Sola en un mundo de cieno y hiel;
Lanzar al cielo, temblando livida,
Tu casto arrullo sonoro y fiel!!!

Manchar con sangre las blancas páginas
De tu existencia de luz y amor!!
Sellar tu frente tersa y purísima
Con indeleble negro dolor!!

¡Oh no! á los bordes del hondo túmulo
Abierto el cielo miré por tí;
No huiré de un mundo dó moran ángeles..
Tú eras un ángel: amé y creí.

De entonces vivo: vivo mirándote
Tranquila y llena de ardiente fé,
Siempre ceñida de auréola espléndida
Siempre la misma la que yo amé.

Luz y armonia la azu atmósfera;
Vida la tierra; gozo el soñar;
«Ayer» recuerdos; «m ñana» fuljidos
Sueños de gloria, niña me dan.

Vision que adoro, pulso la citara
Y entono dulces cantos de amor,
Por tí que has dado la fé á mi ánima,
Por tí del mundo gallarda flor.

VICENTE SAIZ PARDO.

ESPECTACULOS.

TEATRO DE LA CRUZ.

A las ocho de la noche.
Primera representación de

EL HIJO DE CRONWEL O UNA RESTAURACION.

drama nuevo en cinco actos, original del célebre E. Scribe.

ACTORES: Sras. Lamadrid y Tabela. Señores. Lombia, Alverá, Caltañazor (D. V.), Lumbreras, Lopez (D. P.), Azcona, Spuntoni, Fernandez y Rada.

Terminando la función con baile nacional.

TEATRO DEL PRINCIPE.

A las siete y media de la noche.

1.º Sinfonía.
2.º Se pondra en escena la comedia de gracioso, en tres actos, no representada hace mucho tiempo, titulada:

EL HECHIZADO POR FUERZA,

en la que desempeñará el papel de protagonista el primer actor don Antonio de Guzman.

3.º Intermedio de baile nacional por doña Josefa Díez y don Angel Estrella.

4.º Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

TEATRO DEL CIRCO.

A las ocho de la noche.

MARINO FALIERO,

ópera seria en tres actos del maestro Donizetti.

IMPRENTA DE BOIX.